

mente, el consejo de san Gregorio, papa, es admirable, que dice (1) que los casados deben ser amonestados que cada uno dellos no considere tanto lo que él sufre de su compañía, cuanto lo que la compañía que tiene le sufre á él; porque desta manera llevará con más paciencia lo que hiciere consigo el otro, considerando lo que él hace con él.

## CAPÍTULO XXI.

Cómo se deben consolar las personas espirituales cuando les faltan las consolaciones divinas.

Tratado habemos en los capítulos pasados de algunos remedios principales, con que los atribulados y afligidos se podrán consolar en sus tribulaciones, en su pobreza, en sus enfermedades, en las muertes de los que quieren bien, y cosas semejantes, pero todas temporales y de la tierra, que son comunmente las que los hombres mundanos suelen sentir y llorar más. En este capítulo quiero tratar de otro género de tribulacion y desconuelo más alto y más espiritual, que llega al alma y la atormenta y consume, y se funda, no en la pérdida destes bienes perecederos y caducos, sino en la de otros celestiales y divinos; porque, así como cuando Dios quiere castigar á los hijos deste siglo no les quita las cosas espirituales (porque, como no las aman, no sienten la pérdida dellas), sino en las temporales, que ellos tienen tan arraigadas en sus entrañas, que cuando se las quitan les arrancan las mismas entrañas y seles sale el alma tras ellas, para que castigados por esta manera, se vuelvan á Dios; así, cuando quiere afligir á las personas espirituales, no les quita las cosas temporales (porque no hacen caso dellas, ni reciben pena de la pérdida de lo que no aman ni estiman), sino los consuelos espirituales y divinos, que son los que ellas precian y procuran. Esto es, cuando parece al ánimo que no tiene á Dios y que le ha perdido; que le habla, y no le responde; que le busca, y no le halla, y se ve sola y como desamparada y desechada de la faz del Señor, que sabe que es todo su remedio y todo y solo su bien. Este lenguaje entienden las ánimas devotas y regaladas de Dios cuando él á tiempos las deja y se les esconde; que las otras que andan como anegadas debajo de las ondas de sus desvariados apetitos y vicios, y no tienen trato ni familiaridad con Dios, no saben á qué sabe esto, ni cuánto sea más agudo el dolor que causa esta ausencia del Señor, que todas las otras calamidades y pérdidas temporales. Pues para estas ánimas recogidas, espirituales y devotas, servirá este capítulo cuando se vieren desconsoladas y como sumidas en un abismo deste desamparo de Dios, que es mayor trabajo que todos los trabajos temporales, y la mayor pena de todas las penas. Porque, así como las consolaciones de Dios son mayores de lo que se puede decir, así las desconsolaciones de su ausencia no son creíbles á quien no las experimenta. Y como cuando el ánimo

(1) Gregor., in pastor, iii. p. admonitione, xxviii.

está de veras regalada y gozosa con la presencia del Señor, no le parece que hay cosa en el mundo que la pueda entristecer, ni turbar aquel gozo que posee, así, cuando Dios le vuelve las espaldas y se ausenta della, y la quiere probar de veras con desconuelos y temores, se halla á las veces tan triste y afligida, que ninguna cosa la puede alegrar, ni aún aliviar el peso de su grande tristeza, porque se halla entonces el ánimo tan atajada, tan pesada, tan perpleja y confusa, que no sabe qué se hacer, y cualquiera cosa que haga la embaraza y confunde más. Está como un viandante que camina por un desierto lleno de bestias fieras, y ha perdido el camino en una noche muy oscura, y no sabe qué se hacer. El estarse quedó le aflige, el ir adelante le congoja, el volver atrás le da pena; si se queja, no des cansa; si llama, no le responden; si no llama, repréndele la conciencia; anda sumido en un mar profundo de angustias y sobresaltos, en tanto grado, que aún el mismo buscar á Dios busca el ánimo cuando está en este estado, y no le halla; ántes todos los medios que toma para consolarse le son materia de tristeza, como á los muy alegres lo suelen ser de alegría las mismas causas con que otros se entristecen. Éste es el verdadero desierto por donde Dios lleva á los que saca de Egipto con la promesa de su palabra, á la cual quiere que crean tanto, que ni estas ni otras cosas los desmayen en la fe, pues es más cierto lo que Él promete que lo que nosotros sentimos, y nos tiene prevenidos y avisados que pasaremos por estas penas, mas que Él nos librará. Pues cuando un ánimo se halla en este desierto tan yermo y horrible, ¿qué hará? ¿cómo se consolará? Primeramente, es menester que cuando se hallare en tan peligroso estrecho, y como arrebatado de una corriente de desconuelos y temores, que no pierda el áncora de la confianza en el Señor, ni se deje ahogar de manera que piense que está del todo olvidado y desamparado de Dios; porque en llegando á este punto, como perdido el gobernalle, se da al traves y se quiebra la nave sin remedio. Para esto, conviene que la persona espiritual asiente en su corazón que las consolaciones y dulzuras con que el Señor á veces regala á sus siervos en la oracion, no son las prendas más ciertas de su amor, ni lo más precioso ni más fino de la virtud; pues muchas veces los más santos tienen menos regalos sensibles que otros que son principiantes y menos perfectos, á los cuales cria el Señor con esta leche, como á niños, hasta que, esforzados ya, dejen de serlo, y coman pan con corteza y comiencen á andar por su pié. De suerte que el tener más consolaciones sensibles no es señal cierta de ser el que las tiene más perfecto ni más santo, ni más querido del Señor, y eslo cuando, faltando ellas, el hombre no falta un punto de sus santos ejercicios ni de un amor fuerte y macizo, con que se abraza con su Dios y se aprieta con Él y totalmente se pone en sus manos, y con prosperidad y con adversidad, con consuelo y desconuelo, en paz y en guerra, le sirve igualmente. Para hacer prueba deste amor

fino y perfecto, quita Dios muchas veces á sus siervos estos regalos y dulzuras, y no menos para que ellos conozcan que no son suyas, sino dádiva del cielo, y no se desvanezcan cuando las tienen, ni se congojen demasadamente cuando les faltan, y siempre anden humildes y dentro de sí, conociendo que no las merecen cuando no las tienen, y agradeciéndolas y sirviéndolas al Señor cuando se las da. Otras veces tambien las quita su divina Majestad con piadosa providencia, para que sus siervos no pierdan la salud y desfallezcan, porque es tanta la flaqueza de nuestros cuerpos, y tan grande la abundancia y suavidad destes consuelos divinos, que puesto caso que el alma se derrite y regala con ellos, la carne muchas veces se enflaquece y no puede sufrirlos, ni llevar carga tan ligera para el espíritu y tan pesada para sí; y por otras muchas causas quita Dios estas consolaciones divinas á sus siervos, de las cuales trata largamente, en la segunda parte del libro de la Oracion, el padre fray Luis de Granada, adonde las hallará el que las quisiere ver.

Mas algunas veces esta tribulacion no es más que una privacion de los regalos sensibles de Dios, y una como falta del pan y sustentó con que el ánimo esforzada tiene aliento para andar por el camino áspero de la virtud, y llegar, como Elias despues de haber comido la hogaza, hasta el monte de Oreb, y perseverar en los ejercicios santos de la oracion. Otras veces pasa más adelante, y es un desamparo y una soledad tan grande, un dejamiento que hace Dios en el ánimo, que sola la que le padece le puede explicar; porque parece que no sólo el Señor no la ayuda y favorece en aquel punto, pero que la persigue y desfavorece; de manera que no halla ni en sí ni en ninguna criatura reparo, y que el mismo Dios le vuelve el rostro y se le esconde, ó por mejor decir, se esquivo y la trata como enemigo. Pongamos aquí dos ejemplos deste desamparo del Señor: uno de un varon santo, y otro de una mujer santa, y ambos de dos religiosos de la órden de santo Domingo. Fray Enrique de Suson, alemán de nacion, fué varon muy ilustre en sangre, y más en toda santidad y perfeccion, y particularmente en la paciencia y sufrimiento de innumerables y pesadimas tribulaciones con que Dios le ejerció muchos años; de las cuales hallándose algunas veces muy apretado, y suplicando á nuestro Señor que le sacase dellas, le apareció un dia y le reprendió, diciéndole: «Cuando Dios te enclavare en alguna cruz, no has de poner los ojos en cuándo se acabará, sino apretarte con ella y apercebirte para otra.» Otra vez le dijo el Señor las grandes adversidades que habia de padecer, y le especificó tres más terribles que las demas, y entre ellas le declaró la tercera en esta manera: «La tercera es, que hasta agora has mamado los pechos de Dios como niño, mas ya no será lo que ser solia, ni gustarás de aquellos regalos y dulzura divina, ántes te dejaré secar y enfermar de pobreza y falta destes gustos y regalos, y verte has desamparado

de Dios y de los hombres, maltratado de amigos y de enemigos, y todo cuanto imaginares, tratares y buscares para tu consuelo, todo se te volverá al revés.» Y como el Señor se lo dijo, así lo hizo. Éste es ejemplo de varon; digamos agora el de una purísima y santísima vírgen, que es santa Catalina de Sena, la cual, despues de haber sido regalada extrañamente de Dios, y tratada como dulcísima y amadísima esposa, pasó por este desierto y desamparo, no hallando gota de agua de consuelo para refrescarse y matar la sed, ni bocado de pan que comer, sino serpientes venenosas y enemigos crueles por todas partes, que la perseguían y querían tragar; y buscando al Señor para su defensa, no le hallaba, ni aún rastro dél; porque Él la quería probar y afinar, y para esto dió licencia á los demonios para que empleasen su malicia en combatir á la santa vírgen con tentaciones torpes, y en cuerpos visibles ejercitasen delante della actos sucios, y le apareciesen en várias y horribles figuras, y la maltratasen y afligiesen; y cuando ella se volvía á Dios, Él se le escondía y la dejaba como sola, aunque no estaba sino más acompañada que ántes del mismo Señor que la dejaba. Esta cruz es pesadísima y terribilísima, y que para llevarla son menester hombros de gigante; y así, el Señor no la suele dar sino á personas muy ejercitadas y robustas en la virtud. Pues cuando el Señor fuere servido de probarnos con la falta de sus regalos y consolaciones divinas, no hay que hacer sino humillarnos, y conocer y confesar que somos indignos dellas, y que justísimamente se nos quitan porque no supimos usar dellas ni agradecerlas, como era razon; algunas veces atribuyéndolas á nuestros merecimientos, otras desvaneciéndonos con ellas, y desestimando á los otros que no las tienen, como si por no tenerlas fuesen menos buenos y perfectos que nosotros; otras desconfiándonos en el ejercicio de la oracion y de la mortificación de nuestras pasiones, y no acudiendo con humilde y total resignacion á la voluntad del Señor, y á las santas inspiraciones que por su sola benignidad nos envia, ó por algun pecado oculto ó aficion desordenada con que está preso y cautivo nuestro corazón, el cual en estas ocasiones debemos examinar con mayor cuidado, y purificarle de cualquiera cosa que hay en él y entendiéremos que puede desagradar á los ojos del Señor. Y hecho esto de nuestra parte, dejémosle hacer de la suya lo que fuere servido; si nos consolare, tomemos el consuelo con agradecimiento, y si no nos consolare, el desconuelo con paciencia, que aunque sea medicina amarga, no por eso será menos provechosa para la salud, y lo que nos faltare de regalo, por ventura se nos dará de virtudes sólidas y macizas, de humildad, de paciencia, de amor fuerte, de confianza, de perseverancia y de otros dones de Dios, que valen tanto más que los regalos y consuelos, aunque sean espirituales, cuanto vale más el fin que los medios que se toman para alcanzarle. La mujer que es muy regalada de su marido, cuando está presente no es mucho que le quiera bien y que le

sirva y le sea fiel; mas la que hace esto estando su marido ausente y léjos, y como olvidado della, no la escribe ni la regala, ni parece que tiene cuenta con su necesidad, ésta es la buena mujer, amorosa, leal, constante, desinteresada, que ama al marido porque es marido, y no por las dádivas que le da ni por los regalos que le hace. Esto mismo debemos nosotros hacer con el Esposo dulcísimo de nuestras ánimas, cuando nos pareciere que se descuida y olvida de nosotros, y no nos regala como solia, y con tanta mayor solicitud lo debemos hacer, cuanto tenemos mayor seguridad del amor del Señor para con nosotros, que cualquiera mujer puede tener del amor de su marido para consigo; pues es cierto que no se puede olvidar Dios de los suyos, como lo hacen los hombres, y que aunque algunas veces se esconde, nunca se aleja, ántes está más presente cuando parece que está más ausente, y abrasa con llamas más encendidas de amor al corazón que no se entibia en él por la falta destas consolaciones y regalos. Y si el desamparo fuere tan grande como fué el de santa Catalina de Sena y del santo fray Enrique, de quien habemos hablado, hagamos nosotros lo que ellos hicieron, y tendremos victoria de nuestros enemigos, con admirable aprovechamiento de nuestras ánimas; porque del santo fray Enrique se escribe en su *Vida* que, despues de haber sido tantas veces crucificado y deshecho, decia que cuando hubiese igual gloria para los que padecen trabajos y para los que no los padecen, era justo que todos deseásemos vivir y morir en cruz, y que á los que Dios aflige, con las mismas aficiones los consuela. Y fué tanto lo que el Señor despues le consoló y regaló, que solia decir: «Si hay alguno que haya padecido adversidades, venga y quéjese; que yo de mí digo que, á mi parecer, nunca he padecido cosa en la tierra, ni sé qué sea cruz, pero muy bien sé qué cosa es gozo y alegría.» Pues ¿qué diré de la bienaventurada virgen santa Catalina de Sena, la cual, despues de haber padecido y vencido tan feas y abominables tentaciones, que para su purísima ánima eran más grave tormento que el mismo infierno, y pasado por este desierto tan áspero y tan lleno de fieras y bestias ponzoñosas, se volvió á su dulcísimo Esposo y le dijo (como san Antonio el Abad): «Señor mio, ¿dónde habeis estado? ¿Por qué me dejastes sola? —Sola no, respondió el Señor; que yo aquí estaba, mirando cómo peleabas, y me gozaba de tus victorias; porque no me huelgo yo con los trabajos de mis siervos, sino con su paciencia, que es más mia que no suya.» Despues el Señor la regaló tan por extremo, que se tendrían por increíbles los favores y regalos que le hizo, por ser tan grandes, si los autores que los escriben no fuesen tan graves, y la bondad y dulzura del Señor para con las ánimas que perfectamente le aman y sirven no excediese á todo lo que el ingenio humano puede comprender. Y así decia esta gloriosa y regalada esposa del Señor que en las manos de Dios la muerte es vida y la enfermedad salud, y los trabajos descanso y el

infierno paraíso. Tengan, pues, fuerte en semejantes aprietos las ánimas santas y puras, y si tardára el Esposo, no desfallezcan ni se echen á dormir, sino velen y espérenlo con paciencia, porque *veniens venit, et non tardavit*; sin falta vendrá, y no tardará. Y en qué haya de estribar esta certidumbre y segura esperanza, declararlo hemos en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XXII.

Cómo toda nuestra confianza estriba en los merecimientos de Jesucristo, y cuán grande motivo sea éste para nuestro consuelo.

Lo que más nos suele afligir y desmayar en semejantes aprietos, y en las otras tribulaciones que el Señor nos envía, es el parecer que aunque Él es suma bondad y piadosísimo y misericordiosísimo, pero que también es justo y castigador de pecados, y que siendo tantos los nuestros, no nos mirará con buenos ojos ni nos amará; porque, como el objeto del amor sea el bien, no habiendo en nosotros bien ninguno, ni en nuestro cuerpo, que es un maldar, ni en el ánima, por ser un manantial de pecados, el Señor, que no es ciego ni apasionado ni antojadizo, no se puede engañar, ni amar lo que no merece ser amado, ni querer bien lo que es digno de aborrecimiento. De aquí se afligen las ánimas y nacen las congojas, temores y desconfianzas, y el tenerse por desamparadas y perdidas, porque ponen los ojos en sí, y no en la sobreabundante bondad de Dios, y en los tesoros riquísimos de los merecimientos de su benditísimo Hijo, por los cuales Él nos perdona. Y esto es lo que pretendo declarar en este capítulo (porque es el fundamento y la nave de toda nuestra confianza y consuelo), y referir en él parte de un discurso admirable que hizo el padre maestro Juan de Ávila, en que trata altísimamente del amor de Cristo para con los hombres.

Pues para declarar bien la medida con que habemos de medir el amor que Cristo nuestro Redentor nos tiene, habemos de desviar los ojos de nuestra consideración de nosotros mismos, y ponerlos en Cristo, porque no nace el amor que Él nos tiene de la perfección que hay en nosotros, sino de la que hay en Él, ni de lo que Él tiene que mirar en nosotros, sino de lo que tiene que mirar en su eterno Padre; para lo cual se debe presuponer que en el instante de su concepción fueron dadas á la sacratísima humanidad de Jesucristo tres gracias tan excelentes y tan grandes, que cada una en su manera es infinita; conviene á saber: la gracia de la unión hipostática, y la gracia universal de ser cabeza de toda la Iglesia, y la gracia singular que se le dió á su santísima ánima. Primeramente se dió á aquella santísima humanidad el sér divino, juntándola con la persona divina, con tan fuerte fudo y con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas, divina y humana, no hay sino una persona, y podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios. Esta gracia es infinita, así porque lo es lo que por ella se da, que es el sér divino, como por la manera con

que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por vía de unión personal. Diósele también que fuese padre universal y cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influya su virtud y merecimientos; de manera que en cuanto Dios es igual al Padre, y en cuanto hombre es príncipe de todos los hombres; y por este principado se le dió gracia infinita, para que dél, como de una fuente de gracia y de un mar Océano de santidad, la reciban todos los hombres; y Él se llama Santo de los santos, no solamente por ser el mayor santo de todos, sino por ser el santificador de todos, y por cuya mano ha de recibir el lustre de santidad todo lo que ha de ser santo; porque, así como todos los hombres que son engendrados por vía natural son hijos de Adán, y á él reconocen por su padre y por su raíz y principio, así todos los que son regenerados por la gracia sobrenatural nacen deste segundo Adán, que es padre del siglo que ha de venir. Esta gracia es así mismo infinita, porque es para toda la generación humana, que en su manera es infinita, pues no tiene número determinado, y siempre se puede multiplicar cuanto es de su parte en infinito, y para todo lo que en ella se multiplicare hay gracia y méritos en la benditísima ánima de Jesucristo.

La tercera gracia fué singular, que se llama *gratia gratum faciens*, que quiere decir, gracia que hace al que la tiene agradable á Dios, y ésta se le dió para santificación y perfección de su vida, la cual también se puede llamar en cierta manera infinita, porque tiene todo lo que pertenece al sér de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele, demas desto, todas las gracias que llaman *gratis datas*, y todos los dones del Espíritu Santo, de manera que fuese aquella purísima ánima como un río caudaloso que recoge todas las avenidas y crecientes de todas las gracias, sin que haya gota de gracia que no éntre en él, ni se pueda derivar sino dél. Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer y dió cuanto pudo dar, y sobre todo, esto le fué dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina, y conociese claramente la majestad y la gloria del Verbo, con quien estaba unida, y viéndola fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial, cuanta ahora tiene á la diestra del Padre. Todo esto se dió á aquella santísima ánima por pura gracia y magnificencia de Dios, sin que precediese algun merecimiento de parte della, porque todo fué junto, el eriarla y dotarla de todas estas gracias, por haber querido Dios hacer esta sacratísima humanidad, como dice san Agustín, un dechado y una muestra de la divina gracia, tan acabado y perfeto, que cosa no se la pueda añadir.

Pues siendo todo esto así, como queda declarado, cuando esta santísima ánima, en aquel dichoso punto en que fuese concebida, abriese los ojos y viese aquella infinita é inmensa bondad de Dios, y conociese que es digna de infinito amor y servicio, ¿cómo la amaria, cómo la desearia servir, con

P. R.

qué afecto desearia emplear todo su caudal en la amplificación y acrecentamiento de su gloria! Y cuando se mirase á sí con aquellas grandezas y excelencias que habemos dicho, y conociese de cuyas manos le venía tanto bien, y como el que nace rey y no lo ganó por su lanza se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese postradas á sus piés todas las jerarquías del cielo, que en aquel punto le adoraron, como dice san Pablo (1); pregunto yo: cuando todo esto viese, ¿con qué amor aquel ánima amaria al que así la hubiese glorificado y ensalzado! ¿cómo desearia que se ofreciese cosa en que servir tan grandes beneficios, y mostrarse agradecida al Dador de tan inmensos bienes! ¿Hay entendimiento de querubines ó de serafines que lo pueda comprender, ó lengua de ángeles que lo pueda explicar? No hay quien mejor reconozca ni agradezca el bien que se le hace, que el verdadero humilde, ni entre todas las criaturas del cielo y de la tierra ha habido criatura más humilde que el ánima de Jesucristo, y por el consiguiente, más agradecida ni más deseosa de servir á Dios las gracias que dél habia recibido. Pues como juntamente viese que Dios era gravemente ofendido de los hombres, y tuviese presentes todos los pecados que desde el principio del mundo se han hecho y se hacen, y se harán hasta su fin, contra aquel Señor tan bueno en sí y tan liberal para consigo, á quien ella deseaba tanto amar y servir, ¿qué dolor causaria esta vista en su amoroso y agradecido corazón! Y entendiendo que Dios queria desenojarse y salvar al linaje humano, que estaba perdido, y que para esto ella, por su amor y obediencia, tomase este negocio á su cargo, y no descansase hasta acabarle; y que porque la manera que tienen todas las cosas en obrar es por amor, convenia que Él, para cumplir esta obra de nuestra redención de los hombres, los amase con tan grande y ardiente amor, que para redimirlos se pusiese á hacer y padecer todo lo que fuese necesario. ¿Con qué celo, con qué agradecimiento, con qué obediencia, con qué entrañas de piedad, con qué fuego de amor, con cuán blando, fuerte y encendido corazón se ofrecería para esta empresa, y volvería los ojos á los hombres y se regalaría con ellos, aunque le hubiesen de costar la vida! No hay entendimiento que pueda llegar á entender esto como ello es, ni lengua para poderlo declarar. Por esta vía de conocimiento de lo que Dios merece ser servido por lo que es en sí, y de agradecimiento y obediencia, se nos manifiesta este amor tan excesivo de Jesucristo para con nosotros; y no ménos por la de su caridad y gracia, á la manera que dijimos, infinita; porque si muchos santos con una sola gota de gracia, derivada deste piélago inmenso de la gracia de Cristo, tuvieron tanta ansia y deseo de padecer trabajos y penas, y morir por Dios, ¿qué tal habrá sido el deseo que tendría el mismo Señor de honrar, muriendo, á su Padre, pues es Santo de los santos;

(1) Hebr., I.

fuerza de toda la gracia, en cuya comparacion toda la gracia y santidad de todos los otros santos es como un punto en el círculo, y se escurece como la luz de las estrellas delante del sol? ¡Qué vivos deseos tenía el glorioso apóstol san Andres de morir crucificado, pues cuando vió la cruz, así se regocijó y la saludó y se abrazó con ella! ¡Qué llamas tan encendidas de amor ardan en el pecho del abrasado Ignacio, cuando le llamaban de Siria á Roma para ser martirizado, y llamaba saludables las bestias que le habian de despedazar y tragar, y decia que si ellas no se quisiesen llegar á él, él les haria fuerza y violencia! ¡Qué diré de las parrillas de san Lorenzo, y de aquel fuego lento que le consumió, y no pudo apagar el incendio interior de su ánima, ántes fué dél de tal manera vencido, que las llamas de fuera le parecian rosas, y cuando más le quemaban, decia que estaba en refrigerio? ¡Con cuánto ardor deseó y procuró el martirio el seráfico padre san Francisco! ¡Cuánta era la caridad del glorioso patriarca santo Domingo, pues no solamente deseaba ser mártir, sino que todos sus miembros lo fuesen, y cada uno dellos padeciese su martirio! Seria nunca acabar si quisiésemos referir aqui los otros ejemplos de los bienaventurados santos que padecieron ó desearon padecer por Cristo, y con tanto fervor y con caridad tan encendida, que los tormentos tenían por regalos, la muerte por vida y la cruz por gloria; porque cuando se ama el padecer, no es pena el padecer, sino alivio y gozo. Pues si estos deseos de padecer tuvieron los santos, que, como dijimos, no tenían sino una gota de gracia, comunicada desta fuente y mar de toda gracia, ¿qué deseos, qué ansias, qué ardores, qué quebrantos de corazon, qué agonias habrán sido las de la misma fuente, de cuya plenitud y abundancia reciben los demas? De aquí es que se angustiaba tanto este Señor con la dilacion de su muerte, y cada hora que se dilataba le parecia mil años, por el deseo tan encendido que tenia de ofrecerse por nosotros en sacrificio al Padre, y los treinta y tres años que vivió le fueron una perpétua cruz y un nuevo género de tormento. Por esto dijo: «Con bautismo de sangre tengo yo de ser bautizado, y ¡cómo se angustia mi corazon hasta que llegue la hora dél y se cumpla!» Esto deseó, y este amor le hizo padecer tantos y tan terribles dolores, injurias, afrentas, ensayos y nuevos linajes de tormentos; los cuales, con haber sido innumerables y gravísimos, nunca llegaron al deseo que tenia de padecer más, y amor entrañable é infinito de su corazon; porque mucho más fué, sin comparacion, lo que deseó padecer que lo que padeció, y lo que nos amó allá dentro de su pecho divinal, que lo que nos mostró de fuera con sus llagas; y si como le mandaron morir una vez, le mandáran morir mil, tantas muriera, y si fuera menester estar hasta el dia del juicio en la cruz para nuestro remedio, como estuvo penando tres horas, allí estuviera, y lo mismo hiciera por cada uno de los hombres que hizo por todos, porque tenia amor para todo y gracia para

todo, y agradecimiento y gracia para todo. Éstos son los estribos de nuestra esperanza, ésta la áncora de nuestra nave, éste el norte de nuestra navegacion, éste el puerto seguro para recogernos en todas nuestras tempestades. Cristo, por amor del Padre, me ama, y por obedecer al Padre, muere por mí; y el Padre eterno, por los merecimientos y obediencia del Hijo, me perdona; pues ¿cómo no confiaré yo en tal Hijo y en tal Padre? Toda la razon por que el Hijo nos ama es por obedecer á su Padre, y la causa por que el Padre nos perdona es porque se lo merece y suplica su Hijo; y de mirar el Hijo el corazon del Padre resulta que nos ame, porque así lo pide su obediencia; y de mirar el Padre las heridas y peticiones del Hijo procede nuestro remedio y salud, porque así lo pide su merecimiento. Deste aspecto del Hijo al Padre y del Padre al Hijo proceden todas las influencias de dones y gracias con que se gobierna la Iglesia, como del aspecto de los planetas en tal ó tal disposicion proceden las influencias con que se gobierna el mundo, como dicen los astrólogos. Miraos siempre, ¡oh Padre y Hijo! miraos sin cesar, porque desta inefable vista cuelga nuestra bienaventuranza. ¡Oh vista de inestimable virtud, de la cual proceden los rayos de la divina gracia, el perdon de los pecados, el esfuerzo de Dios en nuestra flaqueza, su compañía en nuestra soledad, su consuelo en nuestra aflicion, y en nuestra desesperacion su seguridad y confianza! Procuremos nosotros estar muy unidos por fe y amor con este Señor, como miembros con nuestra cabeza, como discípulos con nuestro maestro, como soldados con nuestro capitán, como fieles vasallos con nuestro rey, como cautivos con su libertador, como redimidos con su redentor, como criaturas con su Criador, como esposas con su dulcísimo y amantísimo esposo, y finalmente, como pobres mendigos y miserables con nuestra riqueza, con nuestro tesoro y nuestro sumo bien. Porque si estuviéremos unidos con Él, lo que dél fuere será de nosotros, y allí estarán los miembros donde estuviere la cabeza. En figura desto, dijo David á Abiatar (1), que estaba muy temeroso: «Quédate conmigo y no temas, y lo que de mí fuere, eso será de ti, y conmigo te salvarás.» Éste es el mayor y más eficaz remedio para todas nuestras tribulaciones: juntarnos con este Señor, vivir debajo de sus alas, seguir valerosamente su estandarte real, y cuando por considerar nuestra flaqueza desmayamos, ó por mirar á las aguas furiosas y crecidas de nuestras penas se nos desvanece la cabeza, alzar los ojos á lo alto y mirar á Cristo en una cruz, y acordarnos de sus merecimientos y de su obediencia para con el Padre, y del agrado y complacimento del Padre para con tal Hijo. Todo cuanto Dios tiene fuera de sí es ménos que su Hijo; y pues el Padre nos dió tan liberalmente tal Hijo, al tiempo que éramos sus enemigos y no se lo pedíamos, ni nos pasaba por

(1) I. Reg., xxii.

la imaginacion pensar que tal cosa podia ser, ¿qué nos negará ahora de lo que le suplicamos, para poder mejor agradecer y servir este beneficio? ¿Qué me negará el que no me negó á su unigénito Hijo? Pues, como dice san Pablo (1), quien no perdonó á su Hijo, sino que le entregó á la muerte por nosotros, ¿cómo no nos habrá dado todas las cosas con Él, para que entendamos que en el punto que nos dió á su Hijo, nos dió juntamente todas las cosas con Él? Ninguna cosa nos puede atemorizar tanto, cuanto asegurarnos ésta. Cérquennos pecados pasados, apriétennos temores de lo por venir, rodéennos demonios que nos acusen y tiendan lazos, espanten y persigan los hombres, abra el infierno su boca, y pónganse mil peligros delante, que con levantar los ojos á Jesucristo, el manso, el benigno, el obediente, el lleno de misericordia é infinito amador nuestro hasta la muerte, no podemos sino confiar, viendo que apreció tanto nuestra salud el Padre eterno, que por ella dió á su benditísimo Hijo y le entregó á la muerte, y muerte de cruz. Porque si aún acá entre los hombres hay padres que aman tan entrañablemente á sus hijos, que con sola la vista dellos se amansan y sosiegan, por más enojados que estén, ¿qué hará la vista de tal Hijo en el pecho de tal Padre, que le mira puesto por su obediencia en una cruz?

Esto baste para consuelo de las personas espirituales que andan por el desierto áspero y fragoso del desconsuelo, y son probadas y purificadas del Señor con la soledad y desamparo de su dulce y amorosa presencia.

Destá misma manera podriamos decir de las demas tribulaciones, y dar en cada linaje dellas sus medicinas y remedios, como de los que padecen afrentas é injurias, ó falsamente son acusados y oprimidos con calumnias, y discurrir por los otros géneros de cruz que hay en cada estado y forma de vida; mas por ser tantos, y casi infinitos, me ha parecido dejarlos, y contentarme con los remedios que en general y en particular habemos dicho hasta aquí.

Solamente quiero añadir algunas sentencias de las muchas que acerca desta materia se hallan en Séneca; porque este filósofo, aunque en todos sus libros se mostró grave y severo, pero en los que trata de las miserias humanas y de la fortaleza é igualdad de ánimo con que se han de pasar, es maravilloso y divino; y aunque es verdad que en la Sagrada Escritura y en los libros de los santos tenemos abundantísima luz para todo lo que en esta vida habemos menester, y particularmente para nuestro consuelo y esfuerzo, porque, como dice el glorioso apóstol san Pablo (2), todo lo que está escrito está escrito para nuestra doctrina, y para que por lo que leemos de la paciencia que tuvieron los santos, y de la consolacion que despues de haberlos probado les dió el Señor, aprendamos nos-

(1) Rom., viii.

(2) Rom., xv.

otros á tener confianza en Él, todavía me ha parecido poner aquí, como he dicho, algunas sentencias de este filósofo, así porque son admirables, como para nuestra confusion, y para que, considerando cuánto más obligados estamos nosotros á llevar con sufrimiento y alegría nuestras penas, pues tenemos tantos mayores rayos de luz y más ayudas de gracia y más prendas de bienaventuranza que él tuvo, procuremos poner por obra lo que nos enseña de una virtud tan excelente y tan necesaria como es la paciencia, y que nos ha sido tan encomendada con ejemplos y con palabras de Cristo nuestro redentor y de todos los santos que le imitaron.

## CAPÍTULO XXIII.

Algunas sentencias de Séneca acerca de las miserias desta vida, y cómo las habemos de pasar.

No me parece que hay hombre más desdichado que el que nunca tuvo alguna adversidad (3); porque este tal no tuvo ocasion de hacer prueba de sí, y aunque todas las cosas le sucedieron como pudo desear, todavía digo que los dioses juzgaron mal dél, pues le tuvieron por indigno de quien alguna vez fuese vencida la fortuna.

Yo juzgo que eres miserable, porque nunca fuiste infeliz (4). Has pasado tu vida sin contrario. Ninguno sabrá lo que puedes, ni tú tampoco; porque para conocerse el hombre es necesario que se pruebe, y que la experiencia enseñe á cada uno lo que puede.

Considera que no es propio del magnánimo mostrarse fuerte en la prosperidad (5); porque tampoco el buen piloto muestra su arte cuando la mar está sosegada y es próspero el viento. Menester es que haya dificultad para que el ánimo haga prueba de sí.

Lo más subido y perfeto del hombre es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y todo lo que sucediere llevarlo como si por su voluntad propia le sucediese (6); porque obligado estaba el hombre á quererlo así, si supiera que ésta era la divina voluntad.

Necesariamente habeis de conceder que el varon justo es piadoso y temeroso de Dios, y siendo tal, cualquiera cosa que le sucediere la llevará con alegría, sabiendo que le vino por divina voluntad, de la cual proceden todas las cosas.

Para aquellos es pesada la fortuna á los cuales halla desapercibidos (7). Fácilmente sufre el golpe el que siempre le espera; porque aún los enemigos se espantan más cuando vienen de sobresalto y acometen repentinamente. Pero los que están apercebidos y aparejados para la guerra no se espantan tanto, y sostienen el acometimiento con mayor facilidad.

(3) Lib. De provid., cap. iii.

(4) Ibidem, cap. vi.

(5) Lib. De cons. ad Mart., cap. vi.

(6) In Præs., lib. iii, Naf. quest.

(7) Lib. De cons. ad Helv., cap. v.